

868
L.N.



BIBLIOTECA

767297

.68

1910-

IMPRESIONES DE TEATRO.

A 4367

| | |
|---------------|---------|
| Núm. Clas. | 1464.01 |
| Núm. Autor | 5985 |
| Núm. Adg. | 33411 |
| Procedencia | -1- |
| Precio | |
| Fecha | |
| Clasificación | |
| Catálogo | |

*****DONADO POR*****

BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO

"MANTOS Y CAPAS."

"LO QUE VALE EL TALENTO."

LECTOR:

Tú que te embozas cuidadosamente cuando soplan los aires del invierno, en los holgados pliegues de una capa española; tú que sueles llevar tu entusiasmo hasta usar capa con vueltas encarnadas; tú que en varias y repetidas ocasiones empleaste con socarronería esa misma capa, para ocultar la indiscreción de tacto que acostumbras cometer, cuando, apoyada en tu brazo, va tu novia oyendo los requiebros y las flores, tan menospreciado por una vieja dama que conozco y por la púdica matrona que comercia en jamones de Chicago, y envía sus correspondencias y sus cartas al *Monitor Republicano*; lector, tú que has hecho todo esto y mucho más, recuerda que esas capas fueron objeto, en otros años, de furiosas iras; que un ministro napolitano las prohibió y que, creciendo en importancia histórica, dieron pretexto á una asonada popular y disculpa al destierro de los jesuitas. No quiero obligarte á que leas la historia de La Fuente ni la correspondencia de Florida Blanca. Contrata un fuerte empréstito con ocho casas de comercio, adquiere un duro, paga tu entrada en la contaduría del teatro y estudia historia desde la butaca, oyendo los galanos versos de Santero, las graciosas armonías del maestro Fernández Caballero, y contemplando el cuerpo arrogantisimo de la Srita. Moriones, que pudiendo ceñirse la azul coraza de las Amazonas, prefiere vestir trajes dignos de Worth, aunque no son aún dignos de ella. Lector, si tienes capa, ve al teatro. Si no la tienes, ve también.

—¿Qué opina Ud. de «Mantos y Capas»? Me preguntaba un diputado.

—¿Qué opino? Pues que indudablemente la música á las fieras domestica. Ahí están esas fieras, mejor dicho, ahí están esas coristas. Sus bocas siguen siendo parecidas á la boca del infierno; sus cuerpos siguen siendo desgarbados, pero ya cantan, ya no berrean, ya no ululan, ya no graznan: incuestionablemente, están domesticadas. El maestro Julián es un admirable domador.

En «Mantos y Capas,» como en las tragedias de Esquilo,⁽¹⁾ el coro interviene en la acción, casi es el protagonista verdadero. Hay ocho coros, todos fáciles, graciosos, pegadizos.

Quitad el precioso duo del tercer acto, y todos los números agradables de la partitura son los coros. Lector, si tienes un duro, ve al teatro. Si no lo tienes, pídelo prestado.

* * *

La trama de «Mantos y Capas» está cortada por el patrón de todas las zarzuelas españolas. Nada hay que guste á los espectadores españoles tanto, como ver en escena la caída de un ministro. Cuando no pueden derribar á Cánovas, á Martínez Campos ó á Sagasta, encargan á un libretista que derribe en cuartetos ó en quintillas á Olivares, Ensenada ó Esquilache. En esta vez el Sr. Santero echó sobre sus hombros la responsabilidad de aquella crisis. Vió á Esquilache viejo, odiado por su origen extranjero y por sus disposiciones hacendarias, maltratado por el Sr. Fernández y González que, probablemente, le pidió con mal éxito un empleo; y recordando la afición que todo español tiene á derribar los ministerios y la inquina especial con que vé siempre al ministro de Hacienda, sea quien fuere, resolvió que el marqués napolitano cantara una tirana y cuatro seguidillas, presentando su dimisión en verso de ocho sílabas. Yo creo que el Sr. Esquilache estará en el cielo: si acaso anduvo por el purgatorio, de allí le sacó Fernández y González con escribir la novela en que figura su excelencia. Pero por sí acaso el ministro del rey Carlos III no ha rescatado aún su alma, la pena

(1) Diré en honor de la verdad, que sólo en esto se asemeja la zarzuela española á la tragedia griega. No quiero perjudicar al empresario.

de verse en zarzuela habrá sido bastante para colmar la medida de sufrimientos que la Divina Justicia le haya impuesto. No lo digo porque la obra del Sr. Santero sea de aquellas que dan palma de mártir al protagonista y ganan el cielo para su autor, en virtud de aquella bienaventuranza que promete el cielo á los que son pobres de espíritu; no lo digo por eso. La obra del Sr. Santero tiene oportunos chistes, natural gracejo, fácil trama y versos delicados. Lo digo porque eso de verse obligado á cantar polkas, siendo todo un ministro, es mucho cuento. De todas suertes, si el Sr. Esquilache pena aún, lo cierto es que ha estado próximo del cielo, estando cerca de la Srita. Moriones.

En la zarzuela hay varias inexactitudes históricas. Ni Esquilache fué inmediatamente desterrado, ni el rey lo obligó á presentar su dimisión en Madrid sino en Aranjuez, adonde había ido la corte huyendo del tumulto. Esta asonada estalló en Madrid el 26 de Marzo de 1766, día Domingo de Ramos por más señas. ¿La provocó el decreto que ordenaba la limpia y alumbrado de las calles, y prohibía el uso de capas, mantos y chambergos, fácil disfraz de pecadores y bellacos, ó la carestía del pan y del aceite, motivada por el monopolio de estos artículos, concedido por el ministro? Esta última fué la causa verdadera; mas el pretexto fué la prohibición de las capas y mantos y chambergos.

Ya apaciguada la revuelta, volvieron á encenderse y enconarse los ánimos con la noticia de que el rey, taimadamente, habíase refugiado en Aranjuez. Diputóse á un cochero, escogido entre los principales alborotadores, para que en nombre del pueblo exigiera al soberano el cumplimiento de lo que había ofrecido en sus capitulaciones. El cochero fué recibido en Aranjuez con grande miramiento, y allí el rey anunció la dimisión de Esquilache y el nombramiento de D. Miguel Muzquiz que iba á substituirle.

El Sr. Santero dirá, que al escribir zarzuelas no debe uno pararse en todas las nimiedades de la Historia. Dirá bien: á mí me basta que haya dado ocasión á un músico de ingenio para escribir alegres y traviosos coros que cosquillean agradablemente los oídos. Estos coros, el duo del tercer acto y la melopea del mismo, pueden ser oídos sin cansancio varias veces. «Mantos y Capas» ha nacido viable, y no me aventuro si le pronostico larga vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

**

No pasa así con la Compañía del teatro Principal. Una vez que el Sr. Delgado no figura más en ella, fácil es preveer un descalabro. Noches pasadas pasé junto á la puerta del teatro, y como llovía á cántaros, y es menos malo oír al Sr. Prado que mojarse, entré en el teatro. Según rezaban los anuncios, iba á representarse una comedia cuyo título es: «Lo que vale el talento.»

**

Antes de entrar en el teatro, había hecho para mis adentros este silogismo: ¿Qué vale el talento? Nada. Luego la comedia no debe valer nada. Si quiere ser realista y lógica, como consta de tres actos, fuerza es que cada acto valga cero. Afortunadamente para el arte no es así. La comedia del Sr. Pérez Echeverría es bastante buena. Los dos primeros actos son dignos de Emilio Augier, cuyo estilo y manera predilecta tienen. El desenlace es malo: la manía española de recompensar holgadamente á la virtud y castigar al vicio, aparece inesperada é inoportunamente. Cada acto final de una comedia española, se me figura el discurso de algún académico francés al conceder el premio Monttigon, ó una escena de las fiestas de la rosa de Salency. El público, que si es sensible, cosa que dificulto mucho, ha padecido durante los dos primeros actos mirando la virtud menospreciada y agasajado el crimen, respira ya á sus anchas en cuanto se alza la cortina para principiar el último acto, porque está seguro de que todo se arreglará á pedir de boca, y de que la moral, esa infeliz señora á quien han calumniado tantas veces, saldrá ilesa y triunfante, con la rama de oliva en una mano y con el cuerno de la abundancia en la otra.

Sucédeme ya, cuando concurro á estas representaciones, que no me apenan ó acongojan las malandanzas y desventuras de los personajes, pues aunque éstas acontezcan á porrillo, y aunque mi delicadeza de sentimientos sea extremada, como ver de antemano cuál será el desenlace inevitable, reservo mi compasión y mi ternura para más oportunas ocasiones, á manera del burdo paleta que oyendo un sermón sobre la muerte de Jesús, reía taimadamente, hasta que pre-

guntado por el origen de sus impertinentes risotadas, hubo de contestar:

—Me río porque yo estoy en el secreto.

—¿En qué secreto?

—En que al tercero día resucitó.

Tal me pasa en los dramas españoles. Por más que miro cómo la virtud sube al Calvario y cómo expira, yo, lejos de afligirme, me alborozo, porque estoy convencido, segurísimo, de que en el tercer acto resucitará.

Los desenlaces de este jaez me ponen verdaderamente nervioso. De ellos puede decirse como en el *Magnificat*, que abaten á los poderosos, ensalzan á los humildes, á los necesitados los llenan de bienes y á los ricos los dejan sin cosa alguna.

Si la creación hubiera estado á cargo de un dramaturgo español, pienso que el mal no existiría nunca en el Universo.

**

La comedia de D. Francisco Pérez Echeverría, por ejemplo, es una muestra eficacísima de estas verdades. La idea madre—digámoslo así,—fué de primera línea. El género es magnífico: la comedia social, la comedia intencionada, la comedia seria que busca una pasión cualquiera, un vicio determinado, y sin abultarlo ni hacer de él una caricatura, estúdialo á conciencia, sin necesidad de recurrir á situaciones excepcionales como las que plantea el Sr. Echegaray, y sin salirse del cauce vulgar y limitado de los hechos diarios. Los dos primeros actos de «Lo que vale el talento,» son reales, perfectamente reales.

Hay un conde del Atajo, tipo de petulancia hueca y vaciedad sonora, hombre de influjo y de dinero, nacido en pobres pañales; pero Dios sabe por qué artes levantado hasta el pináculo del poder y la riqueza; célebre en la bolsa, famosísimo en las cortes, fuerte en la política y candidato probable, según la voz de los partidos, para colarse en el gabinete de gobierno por la puerta entornada de la primera crisis. Escribe en los periódicos, y sin embargo, es incapaz de poner una simple gacetilla; perora en el Congreso, y sin embargo, á todos sus amigos íntimos les consta que no puede decir cuatro palabras medianamente hilvanadas; es hombre de partido, y sin embargo, no en-

tiende un ápice de sociología ni economía política; de modo que, á fuerza de cinismo y desvergüenza, el conde del Atajo, necio, ignorante y todo, ha hecho para su fortuna propia, lo que sólo después de largos años invertidos en escribir cuartillas y hojear librotos, logran hacer aquellos infelices que recibieron, por castigo de los cielos, una dosis más alta de talento y una porción más pequeña de charlatanería y descoco.

El conde no tenía evidentemente inteligencia para llegar á esas alturas cortesanas. Pero la inteligencia se alquila como un coche. Nuestro hombre descubrió un grano de arena, que podía serle útil, en el océano desmesurado de la vida. Era un joven provinciano, crédulo, ambicioso, con esa noble ambición que es el tesoro de la juventud; hábil, inteligente, diestro en la política, necesitado de un pedazo de pan que llevar á sus labios y un poco de gloria para calmar el hambre de su espíritu. El conde liga la existencia desventurada de este pobre mozo, á la fastuosa vida suya. Le hace su secretario. ¿Se trata de pronunciar un discurso en las cortes? Ahí está Valentín para hacerlo. Ahí está Valentín para zurcir escritos y folletos, para contestar los ataques de partido, para reñir batallas en la prensa.

Eso sí: al día siguiente la prensa encomia el discurso, el folleto, el escrito, el programa de su excelencia el conde del Atajo. Ni una palabra para Valentín, el pobre héroe desconocido, que reñía batallas formidables sin esperanza de lograr victoria, que iba amasando con el sudor de su frente y el sudor de sus ideas el pedestal en que se alzaba orgulloso su poderoso dueño! Pero Valentín, en sus noches de vigiliás, cuando su mano convulsa por la fiebre, manejaba la pluma como el caballero de Saint Georges manejaba su florete, en las treguas ligeras de ese combate diario, se decía: «yo haré la gloria, la fortuna, la riqueza de este hombre; toda su posición será obra mía; pero cuando el fin llegue, cuando hayamos torcido el cabo de las tempestades, cuando este manequí á quien yo dirijo, haya escalado, subiendo por mis hombros, las alturas del poder, entonces ¡oh! ¡sí! yo de un golpe habré hecho mi carrera, no habrá más esclavitud ni más profanación de mis ideas, ni más vergonzante alquiler de mi cerebro; su agradecimiento me abrirá las puertas de las cortes, podré llegar, por fin, á ese palenque en donde pugnan los modernos cides, y he de librar descomunales batallas, he de vencer como venzo ahora; ahora que mi palabra escrita, mi palabra nerviosa, mi pala-

bra elocuente, mi palabra acerada, sale como pesada y trabajosamente de los labios del conde, inhábil para estas grandes luchas á que me siento vehementemente arrebatado!

Y mientras Valentín pensaba todo esto, en la superficie blanca y tersa de la hoja de papel en que escribía, se perfilaba como ideal esbozo, la figura aristocráticamente bella de Leonor. Leonor—¡apuesto á que ya lo han presentado ustedes!—era la hija del conde, una niña delgada y enfermiza, mudable y caprichosa, como todas ó casi todas las mujeres ricas; una de esas mujeres camelias que se desarrollan bajo el sol anémico de los salones y en mitad de una constante primavera de flores de trapo. ¡Si Dios hubiera decapitado á Eva, cuántas desgracias menos habría en la vida humana!

Fácil es suponer que el espectador asiste desde la primera escena á una gran bancarrota de ilusiones. Valentín logra elevar al conde; pero el conde no eleva á Valentín. Valentín ama á Leonor; pero Leonor que no ama, como las camelias no tienen perfume, se cansa de una pueril coquetería que puede comprometerla gravemente, y renuncia sin pena al cariño leal y desinteresado de aquel pobre loco. Valentín se ve herido en su ambición, que era todo su porvenir; en su amor que era toda su vida; hasta en su mismo padre, pobre viejo que trae de la dehesa, lo único que suele no encontrarse en las ciudades: corazón. Todos reniegan de él; le abandonan como se abandona á un apestado, le arrojan de la casa, porque se ha atrevido á levantar los ojos hasta la heredera de aquellos millones; ¡á él, que ha pasado tantas horas de vigilia para obtener el aseguramiento de aquella fortuna; á él que siente más nobleza en su corazón que la encerrada en los comprados pergaminos de su amo! Ruy Blas siempre es Ruy Blas, y el hombre de corazón é inteligencia, cuando es pobre, por más vueltas que demos al asunto, no deja ni dejará de ser lacayo.

Paralela á la vida de Valentín, corre la vida de un imberbe primo suyo, á quien él protege y ampara con su ayuda. Es necio, es ignorante, es atrevido; por consecuencia lógica, mientras Valentín baja, el primo sube; cuando Valentín pierde la novia, el primo se la gana; cuando aquél no recibe como recompensa mas que una administración de rentas en Minganilla, éste es nombrado gobernador de una provincia. Todavía más, hasta el tío Roque, ricacho provinciano á quien deben heredar los dos sobrinos, está á punto de no dejar un solo octavo á Valentín, para entregar todos sus caudales á Ricardo.

Pero Valentín—estad seguros de ello!—va á vengarse. Va. . . ¡no! cuando no se ha nacido para víbora, es imposible, aunque se quiera, cumplir este *avatar* maravilloso. Valentín renuncia á la venganza, renuncia al porvenir, renuncia á todo. En rigor de verdad, aquí debía concluir el drama. Alguna escena más, y el pensamiento quedaba bien redondo; el conde subiría al poder, Leonor olvidaría á Valentín, Ricardo saldría con el bastón de gobernador para provincias, Valentín y su padre perecerían de hambre, y la moral—con permiso sea dicho de D. Pedro Antonio de Alarcón—saldría precisamente de este contraste eternamente real y de esta realidad enteramente triste.

Pero el autor no olvidó que era moral, y quiso terminar de otra manera, falseando horriblemente los caracteres. El tío Roque lega toda su fortuna á Valentín, el conde es silbado en las cortes y silbado en la política, Ricardo queda sin un sólo maravedí, y hasta Leonor, la pequeñita Leonor, viene á ofrecer de nuevo su cariño en pago de una tregua amistosa, otorgada á su padre el conde del Atajo. Valentín no hace la guerra al conde, pero tampoco se casa con Leonor. Del mal el menos. De manera que como el título de la comedia es «Lo que vale el talento,» y el resultado es una herencia inesperada, podemos perfectamente decir de esta manera: ¿cuánto vale el talento? ¡Dos millones! Sólo que esta regla falla ó debe fallar en todos aquellos que no tengan un tío Roque á prevención.

No cabe duda: esta comedia tiene dos actos de Emilio Augier y uno de Luis Mariano de Larra.



TEATRO DE OPERETA.

MR. GRAU, COMELLI,

“CARMEN” Y LA GREGOIRE.

Recuerdo haber leído en la *Naná* un trozo de observación finísima y de naturalismo delicioso: es el primer capítulo en que se habla del teatro, del empresario Bordenave, de las coristas y los accesorios. Así es en verdad, así es el teatro. Pasad el ancho pórtico del Nacional, subid los cuatro ó cinco escalones que os separan de la sala, recorred los corredores, entrad luego al escenario y decidme después, con el estudio de Zolá en la mano, si hay exageración, mentira ó simple disimulo en ese croquis trazado sobre papel *velin* con lápiz rojo, por un hombre que hace retratos con la pluma, como Daudet hace paisajes y como esculpía Gautier estatuas. Preciso es atender por de contado, á la enorme diferencia que hay entre los grandes centros parisienses y nuestra sociedad pobre y raquítica. Por eso mismo he puesto en parangón el mejor teatro de México con el teatro mequino y segundón del empresario Bordenave. Habrá, sin duda, grandes diferencias, pero las líneas principales son las mismas. La levita varía de forma, está cortada por Dambourgés ó mal zurcida por el humilde remendón de algún portal; pero el hombre que la lleva es el mismo.

Así es por lo común el empresario: un vividor, gotoso, gruñón, lleno de deudas, procaz y crudo en el hablar; un Júpiter aglomerador de nubes que lanza rayos desde la contaduría; un sultán de siete colas, cuyo harem es el escenario y que, como el famoso príncipe de Hohenzöllern, dice á sus amadas: Tengo una pierna de plata, ¿quiere